

Las prisas del monarca y de sus asesores le obligaron a desprenderse antes de lo que él hubiera querido de unos materiales que, si bien algunos estaban lo suficientemente acabados como para ser presentados de forma bastante suntuaria al rey (Hernández hizo encuadernar quince volúmenes en piel azul guarnecida de adornos de oro y plata), otros requerían aún algo más de elaboración y «puesta en orden», especialmente ciertos índices y tablas que debían ayudar a recuperar de entre aquellos ingentes materiales la información más directamente relacionada con los remedios medicinales, la principal utilidad para la que fue concebida en un principio aquella empresa sin precedentes.

A medida que Hernández iba completando su trabajo, comenzó a solicitar que se le permitiera regresar a España, convencido de que su presencia era necesaria para llevar a cabo la edición de los materiales.

En marzo de 1575, escribía al rey pidiéndole permiso para regresar por «la grande necesidad que hay en España de mi presencia», descartada la idea inicial de prolongar la expedición al Perú. Pero desde Madrid la orden era que Hernández debía enviar los resultados de su trabajo cuanto antes; de hecho, en esa misma carta, en el pasaje en que el médico volvía a prometer que los enviaría en cuanto pudiera, el mismo Felipe II de su puño y letra anotó con evidente molestia: «este doctor ha prometido muchas veces enviar los libros de esta obra y que nunca lo ha cumplido». Por si fuera poco, pocos meses después, en septiembre de

1575, moría uno de los apoyos cortesanos de Hernández, el presidente del Consejo de Indias Juan de Ovando, cosa que aumentaba la incertidumbre con respecto a la recepción que se dispensaría al protomédico y a su obra cuando llegaran a Madrid.

Finalmente, en marzo de 1576, Hernández –a la espera aún del permiso para regresar– se decidió a enviar con la flota que iba de regreso a Sevilla los tomos que había hecho encuadernar lujosamente para ser presentados al Consejo y al monarca. Diez de esos tomos contenían los más de dos millares de ilustraciones «mezcladas muchas figuras que se pintaban como se ofrecían, las cuales pertenecen y se han de pasar a la Historia y Antigüedades»; los otros tomos albergaban los textos de ambas obras, aunque como advertía Hernández en la carta que los acompañaba:

*«no van tan limpios ni tan limados o tan por orden ni ha sido posible, que no deban esperar la última mano antes que se impriman... va la tabla con sus etimologías, donde hallará V. M. el número de la pintura a la mano izquierda*

*y el de la escritura a la derecha... no se puso la escritura junto con el dibujo hasta que se impriman, por no estragar la pintura con las enmiendas que jamás se pueden excusar».*

Cuando se supo en la corte la noticia de que el envío de la obra estaba de camino, se escribió a México, en junio de 1576, concediendo a Hernández una prórroga que significaba un salario anual más que añadir a los cinco iniciales y el permiso explícito para que efectuara el retorno en la flota de 1577. Poco después, el 4 de agosto, el rey conocía la llegada de la obra a Sevilla y escribía a la Casa de la Contratación apremiándoles para que, sin tocar nada, enviaran inmediatamente a Madrid el cofre que contenía los tomos hernandinos. El rey y los miembros del Consejo pudieron entonces admirar el fruto de aquella expedición, pero –para incomodidad de quien había sido su responsable– sin la presencia de Hernández.



Pero cuando el permiso del rey para que Hernández regresara a la metrópoli llegó a México, la situación del protomédico era bastante angustiosa, ya que había estallado una terrible epidemia de un mal que los indios llamaban *cocoliztli*. La mortandad era muy alta, especialmente entre la población india y Hernández tuvo que organizar la lucha contra la epidemia, en su calidad de máxima autoridad sanitaria de la colonia. Por eso, el final de la estancia del protomédico en México estuvo marcado por una febril actividad asistencial, por autopsias para establecer la calidad del mal y

la redacción en latín de un tratado sobre la epidemia, que se ha conservado manuscrito.

En febrero de 1577, por fin, todo estaba listo para iniciar el regreso. Hernández y su hijo (el cosmógrafo se quedó trabajando para el virrey) bajaron hasta Veracruz, donde se embarcaron con un inmenso equipaje.

## LOS MATERIALES HERNANDINOS

El núcleo de la obra hernandina estaba formado por los grandes volúmenes enviados a Felipe II, que contenían las imágenes y los textos de la *Historia Natural de Nueva España*, dedicados a las descripciones de unas tres mil plantas, más de quinientos los animales y algo más de un docena de minerales; en total, sumaban casi mil folios de textos en latín, divididos en más de tres mil capítulos y acompañados de más de dos mil ilustraciones.

Además, los textos redactados en latín se habían traducido al castellano y al náhuatl, «para el provecho de los naturales de aquella tierra», como el mismo